

de las suyas; lo cierto es que poco a poco la abandonaron y comenzó a caerse de vieja, y al fin creo que se vino al suelo o que la demollaron por allá hacia el cuarenta y cinco.... o más bien hacia el cincuenta y cinco... ¡quién sabe!

LUIS SORACTA  
Colegial

NOTA.—Algunos de los personajes de este cuento están citados, con noticia de los empleos que tuvieron en la época a que se refiere esta leyenda, en Juan Flórez de Ocariz. Tomo II, páginas 243, § 8 (que se refiere a la Encomienda de Firavitoba, etc). Tomo I, página 212, § 7, página 175, página 213, página 212, § 9, página 213, § 10 (que se refiere a Fray Sebastián, de quien se dice: «Como a Santo le desnudó la devoción del pueblo de tres hábitos antes de enterrarle, porque nadie se quería quedar sin reliquia»). Página 251, donde consta que Solavarrieta y Venegas fueron Alcaldes desde 1662 a 1664.

## Crónica del Colegio

Mayo nos ha sorprendido en nuestra vida normal. Ni el espíritu ni las leyes que lo rigen han cambiado en este Colegio Mayor. Las mismas caras que en abril se muestran por sus claustros. El Rector es siempre asiduo en su despacho. No ha crecido el Prefecto ni el señor Vicerrector ha perdido su complacencia. A igual hora continúa llegando a su oficina el Síndico y un solo día no ha dejado de verse la kilométrica silueta del Secretario.

Fray Cristóbal sigue de pie en su pedestal. Desde allí imparte él lecciones de austeridad y mansedumbre; vigila la puerta de entrada con sus ojos de bronce; soporta, con no envidiable paciencia, el sol y el agua y carga, día a día, sin cansancio, el duro libro de sus Constituciones.

El mismo color ocre cubre los muros de la casa sin que brocha alguna se haya atrevido a variar el tono.

Ni el nombre ni la figura han hecho otra la persona del portero. Carlos sigue siendo él y su aspecto es siempre compungido y humilde. Sus gritos se suceden todos los días, no han mermado sus carreras ni su desconfianza por los estudiantes ha decaído un punto.

El reloj continúa señalando las horas sin que altere, en un minuto, las entradas a clase, sin que adelante las de comida, ni acelere el momento del sueño.

Mayo nos ha sorprendido en nuestra vida normal.

Pero él, por ser mayo, tiene extraordinarios poderes para imponer nuevas prácticas. Por eso será que todos los años se le espera con arcos de ilusiones, con palmas de entusiasmo y con hosannas calurosos.

Mayo es el mes de los rosaristas. A su encuentro salen los pasantes con largas listas en las que consignados están los nombres de los alumnos que en cada semana deben hacerle los honores.

Mayo es el mes de la Bordadita que parece destacarse en su cuadro para recibir los homenajes de los cien generosos muchachos que a sus pies caen de hinojos tarde a tarde.

Mayo es el mes de las flores que se multiplican y renuevan a diario en el altar de la Capilla del Mayor y llenan su reducido recinto de exquisitas fragancias.

Es el mes de las plegarias que suben fervorosas a clavarse en el corazón de la Reina del Cielo. Allá, el ruego por la madre que aguarda al hijo, llena de esperanzas; allá, la deprecación por las tiernas hermanas que bordan de continuo recuerdos y cariños por el hermano estudiante; allá, la oración por la novia inolvidable que anhela con amor el regreso del pretendiente; allá, los Superiores desvelados en nuestro provecho, los condiscípulos que tienen para cada rosarista un carácter de hermanos, y allá



también los rezos que por los pobres pasantes eleva a lo Alto la liberalidad de algunos muchachos.

Es mayo el mes de las perfecciones. En él es más azul el cielo; ostentan los campos un verdor más cautivante; son más lucidos los jardines y de mayor frescura el rocío.

Creyérase que en mayo se operaran transformaciones. Se alza con mayor garbo la torre de la iglesia del Colegio; se empina con más soberbia el Monserrate y ríe mejor el amarillo de su santuario.

Mayo es el mes del frío. Sopla en él una brisa destemplada y estremece los miembros el azote de la racha mañanera. Duele abandonar la cama en estas madrugadas nebulosas del altiplano para bajar a someterse a los rigores del agua que, en fino hilo taladrador, vierten desperfeccionadas regaderas. Los gritos se suceden en un desespero de martirio. Es el frío que tiene en tormento a sus víctimas. Pero es un tormento que, con excepciones contadas, los estudiantes repiten por necesario y saludable. El calor llama con afán. Nadie repara en nadie. Cada cual huye del agua a la desbandada y va a buscar sus utensilios, colgados de unas perchas que supieron un tiempo corresponder a su nombre. El regreso a los dormitorios urge, pues la campana nos acosa y si ella se silencia sin hallarnos vestidos, nuestro frugal desayuno no nos esperará en la mesa, viéndonos así sometidos a las torturas de Gandhi en sus caprichos inimitables.

Mayo es el mes de la alegría, aunque ella cortada sea por el tristísimo lamento de una campana que llora la eterna ausencia de un rosarista estimado.

Mayo es el mes de la hidalguía, el mes de la largueza y también el del sacrificio.

En las noches de final de semana el claustro se revoluciona. Concierta una orquesta su mejor repertorio; brinca el bambuco; se desliza el tango; culebrea la rumba; y el valse pone su armonía y distinción. Sueltan las guitarras sus ingenuas y amorosas notas; llora el violín

con sollozos de dulzura infinita; estalla el tiple en incansable retozar y el jazz-band enloquece con su africana travesura. Todo es excepción para el mes de mayo. El rosarista entonces olvida su condición de detenido y lanza su espíritu por caminos imposibles. Palpita su alma en un ímpetu de entusiasmo y busca a la cadencia del tango, la ventana lejana y suspirada para entonar frente a ella la «Comparsita» arrulladora; trasládase a las noches de su provincia cuando, en el baile de gala, junto a la amada, la suavidad de un valse inunda de dulzuras su espíritu; oye un fox delicado y cree estar apurando en la purísima copa de unos ojos asombradizos todos los sabores de castísimos sentires; estalla la marcha y sueña con un circo de toros donde brillan de sol las filigranas de los vestidos y arden de valor las caras de los lidiadores. Y el rosarista hace del patio de su colegio un redondel; del pedestal del dominico un burladero; del compañero de más confianza un miura y de su saco una pobrísima capa que ninguna defensa le presta contra los tirones de pelo, ni protección alguna contra los puñetazos inmisericordes, a manera de estocadas. Y en estas bellas fantasías huyen las noches sabatinas de mayo.

Mayo es el mes de la beneficencia. De sus treinta y un días destínanse siete para la Cruz Roja. Bogotá toma entonces un tinte nuevo. Conócese qué carteras no sufrirán colapso al cariñoso asalto de las damas de blanco vestido. Brillan los glaxos desafortunados por su ausencia y los estudiantes se aferran más a su atrayente dictado que los inmuniza, en su concepto, de gastos extraordinarios. Por lo tanto corren sin desmayos.

Mas las damas son crueles y, heridas en su susceptibilidad de recolectoras con el rápido cruzar de esquinas de los señores de aula, juran vengarse en unos pobres presos que en la calle 14 tienen su conserjería y vuelan, en bandadas, a traspasar la puerta que todos los días abren el tuerto remendón de vestidos y el canijo zapatero de barrio.

Aquí se presentan seductoras y simpáticas. Brilla en sus ojos una luz de bondad y sus labios exhalan perfumes de dulzura. Portadoras aparecen de un bien labrado cofre que debiera contener finos obsequios en vez de la sorpresa de banderas con las cuales arrancan al bolsillo del rosarista sin pesos la estimable porción de veinte centavos.

No todos, por supuesto, caen en las redes, desde el primer momento. Fugitivos van unos hacia los dormitorios; apresúranse otros a forzar la entrada a los baños, sin que falten algunos que se acojan a lugares de difícil acceso para las recaudadoras. La crisis hace milagros de descortesía, pero las niñas no respetan la crisis, y, hábiles para jugar al escondido, con la facilidad con que asaltan el salón de estudio ponen un tono de distinción con su presencia en los sótanos mismos de «Cayena», donde se avergüenzan las camas de su franciscana pobreza; se esconden los zapatos y, de sus clavos, caen sin sentido al suelo las batas de baño.

Las damas de la Cruz Roja no salen del Rosario antes de agotar los portamonedas de los alumnos y, entonces, el pago de una segunda sonrisa pone paz a los corazones atortolados, e inquietud al pensamiento que las sigue en sus correrías.

Mayo, en fin, es el mes por excelencia, el mes que se aleja para ser sentido, el mes que no deja sinsabores.

En el curso de estas cuatro semanas cosas dignas de anotación han sucedido en esta casa de la tradición.

El espíritu deportivo se ha levantado. Cuéntase para ello con el entusiasmo decidido del señor Vicerrector, quien interésase con igual empeño en la formación de los campos de juego que en el ajuste de desafíos estimuladores. Un día la competencia se caza entre los rosaristas y los alumnos salesianos; otro, trábese lucha entre los bartolinos y los futbolistas del Mayor y, un tercero, los flemáticos hijos de Albión ponen en aprietos a los estudiantes de frente al Claridge.

El entrenamiento no deja descanso; apréstase el sitio de desafío y entusiámanse los jugadores en la preparación de su partida. Nómbranse madrinan entre lo más selecto de las mujeres que en Bogotá viven y el domingo del programa toma un aspecto de señalada simpatía.

La Quinta «Mutis» se transforma; la chiquillería del plantel se confunde entre el tumulto de las barras; el verde vistoso y el rosa pálido de los vestidos femeninos resalta entre la negrura de los hábitos jesuítas. El balón vuela entre los gritos fervorosos de los concurrentes y hace, al caer, un ronco retumbo que es respondido con un golpe sonoro, regalo del pie de algún esforzado jugador. Sobre el campo corren vítores para cada bando; todo el mundo tiene méritos y nadie quiere reconocerse derrotado, aun cuando haya perdidosos y triunfadores.

El desafío termina con un baile en la Quinta a los sonos de una victrola gangosa que ayuda a aumentar el sabor agreste de esas mañanas dominicales de deporte.

Mayo ha merecido el encargo de ser el mes de la paz. En él defraudados han sido los deseos de estos bravos rosaristas que anhelaban verse un día vestidos de soldados, con rumbo hacia las fronteras del Sur a defender su patria. En él han sido rotas nuestras ansias por lo desconocido; han perecido nuestros heroísmos; se han marchitado, sin lucirse, nuestros laureles de vencedores.

La paz ha puesto júbilo en algunos semblantes y ha fruncido, de descontento, muchos ceños. La paz ha provocado en el Mayor comentarios jocosos, disputas sin resultado, protestas nutridas, gritos destemplados y elogios sentidos. Muchos hubiéramos preferido la guerra, pero esas preferencias no tienen resonancia y, a regañadientes, debemos enterrarlas.

Mayo ha hecho su última jornada en 1933. Como de costumbre, el Colegio ha sabido despedirlo con lujo. Ha dado, una vez más, la nota clásica de su grandeza con una fiesta en la que ostentarse han podido, con todo su brillo, la galantería, el buen tono y la intimidad. Sí, por-

que la reunión del 31 de mayo en estos claustros de Fray Cristóbal es una reunión de familia en la que aparecen, con exceso de belleza, todas las preciadas virtudes de una vida en comunidad que es derroche de cordialidad entre superiores, catedráticos y alumnos por trimestres consecutivos.

Un banquete es el acto con que el Rosario remata el mes de María, un banquete que el Colegio ofrece a quienes le sirven. En él nada falta: desde la presencia de eximios profesores y destacadas amistades del Colegio; desde el ornato exquisito del comedor del Plantel, hasta la riqueza de viandas que los invitados apuran en un ambiente apetitoso, todo contribuye a dar realce al ágape.

Rodeando la mesa de los profesores nos sentamos los alumnos a acompañarlos, de lejitos, en su agasajo. No comemos ni bebemos a la altura de los doctores, porque dízque la cabeza de los niños es débil para abusar del licor y la digestión delicada para que los manjares se multipliquen, mas, con todo, por dos veces levantamos el codo en un gesto de vinoso apetencia; disfrutamos de la música y, sobre todo, seguimos y comentamos todos los gestos y decires de esos señores que en la cátedra se nos imponen y en un banquete nos brindan confianza y amabilidad.

Pierde allí algún Presidente su gravedad de Magistrado y adquiere el Rector un amable aspecto de condiscípulo; pliégame con mayor desembarazo la frente de un gramático erudito, el movimiento de sus ojos es más espontáneo y su hablar se fecundiza y alegra; olvídase de su severidad un exquisito profesor de historia, Hugo Capeto toma las de Villadiego y trasládase a Gibraltar el estrecho de Magallanes; no sueña con modismos el bondadoso instructor de francés, descansa Temoin y Jorge Brigard tiene una hora de sueño; no multiplica sus verbos el caballeroso catedrático de inglés, el «to» se agazapa confundido y no hallan colocación aparente el «will» ni el «shall». Brilla con más luz la calva del profesor de

Zoología y pierde su prosopopeya el joven que explica Algebra. Todo tiene otra apariencia. Nada representa una asamblea de maestros sino un congreso de hombres satisfechos de la vida.

La misma oscuridad de un momento contribuye al éxito. Es el instante de la presentación de un plato para el que son necesarias las tinieblas. El súbito cambio impresiona. Una copa rueda hecha partículas, por el piso; calla la orquesta y el banquete se interrumpe. Confúndese el perito comentarista de Bello y sale de su sopor de cazador misericordioso el doctor Ramírez Toro; da un grito de sorpresa el maestro Quijano y ríe a carcajadas el doctor Jaramillo Arango.

Es ese un minuto delicioso que cazo con sin igual fruición. Lástima que la «Kodak» no sepa trabajar sin luz para haber obtenido maravillas incontables en fotografía!

Vuelta la claridad sigue la comida que termina con las diez de la noche. En las manos de cada profesor luce su episcopal vestido la violeta, en ramilletes delicados, y en la solapa de cada alumno brota sangre un hermosísimo clavel.

Y mayo se va con doce largos lamentos que ni siquiera podemos escuchar porque el sueño nos tiene rendidos. No sé si regalos nos haya dejado de recuerdo. Quizá un regaño por un cuatro en conducta, tal vez el mal resultado de un examen, o como consuelo de todo ello, repetidos días de asueto para junio. Que esto último me desagrade no me atrevería a escribirlo. Mejor me sonaría, sin embargo, la orden de entrada a las 8½ los domingos, después de vista una interesante película de vespertina, en la que el mundo femenino ponga un colorido de belleza e inunde los corazones juveniles de entusiasmo e ilusión. Más me seduciría el cambio de horario en los días de clases, con el fin de reducir a una la pesada hora y media de estudio por la noche, que más que a

abrir los libros invita a somnolencia inevitable, por lo larga.

Mas si esto no sucediere, quede lo dicho apenas como un deseo que no he podido dejar de apuntar.

¡Mayo, mes de alegría, adiós!

ALFREDO DELGADO P.

## ALGO MAS SOBRE EL EPITETO

Ya en nuestro estudio sobre el gerundio (números 271-272 de esta REVISTA) señalamos los principales pasajes en que Bello expone, sin indicar los fundamentos, su genial teoría de la naturaleza predicativa del epíteto. Omítimos entonces el siguiente, que sigue en importancia y que quizá es el único de su Gramática que nos faltaba indicar:

«974 (362). Lo más digno de observar es la construcción del *lo* con epítetos o predicados:

*‘Muchos hay que en lo insolentes  
Fundan sólo el ser valientes.’*

Convendría la lectura de todo el párrafo, a propósito del cual hemos de insistir sobre la verdad que encierra el pensamiento del gran filólogo chileno.

Si decimos: *Duerme el niño*, y preguntádosenos cuál, respondemos: *El enfermo*, el adjetivo especifica porque da a conocer al interlocutor el sujeto que ejerce la acción del verbo: *El niño enfermo duerme*. Pero si fuera suficiente el artículo para hacernos entender, bastaría afirmar: *El niño duerme*; y si agregáramos entonces la nota de *enfermo*, convencidos de que es superflua para designar el sujeto del verbo, no nos propondríamos sino relacionar en algún modo esa cualidad pasajera con el acto ejercido por el niño: *El niño duer-*